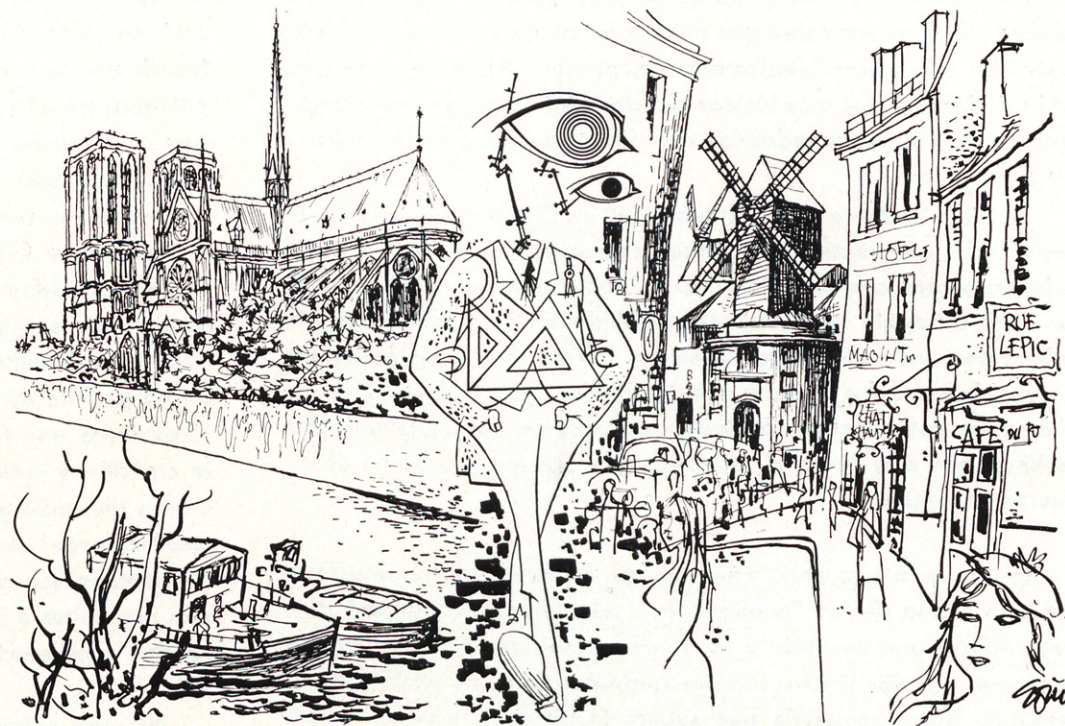


PARIS

Alguien dijo hace tiempo, en frase que después se hizo tópica: "París, bien vale una misa." Yo pensé que las exposiciones de Picasso en la capital de Francia bien merecían un viaje desde Madrid hasta ella. Todos sabíamos que nuestro ilustre compatriota, ese malagueño universal que atiende por Pablo Ruiz Picasso, como dicen sus "fans", era festejado en París por nuestros vecinos, con motivo de cumplirse el ochenta y cinco aniversario de su nacimiento en la mediterránea ciudad de Málaga. Los dos palacios de los Campos Elíseos y las salas de exposiciones de la Biblioteca Nacional se han abierto para acoger una exhaustiva y variopinta muestra—pintura, escultura, cerámica, dibujo—del quehacer del artista a lo largo de su dilatada, prolífica y extraordinaria vida. No creo que haya sido casual, sino, más bien sugeridor, el hecho de que en el Pequeño Palacio haya sucedido a la obra de Picasso el tesoro de Tuthankamon, ya que el arte de don Pablo, a nuestro juicio, le hace acreedor del simbólico título de Faraón de las Artes Plásticas del siglo XX.

La expectación despertada por las exposiciones ha sido enorme y de ella son muestra algunas de las fotografías que acompañan a estos comentarios. En espera de poder entrar en los recintos donde se celebraba la exposición, personas de todas las razas, edades, clases sociales, etc., formaban grandes colas. Monjas, soldados, estudiantes, arquitectos españoles, niños con sus madres, señoras de edad, portugueses, señoritas con minifalda..., de todo había en aquellas interminables colas. Terminada la espera, podíamos entrar, previa la adquisición del correspondiente **ticket**, a contemplar las obras expuestas, que lo diremos antes de que se nos olvide, y no es por nada, estaban bastante mal colocadas, haciéndose difícil e incómodo el recorrido de la exposición. Es posible que influyese en gran parte la gran animación que había en todas las salas, pero el hecho cierto era que no había posibilidad de seguir el orden cronológico, por la situación en paredes opuestas de las obras, lo

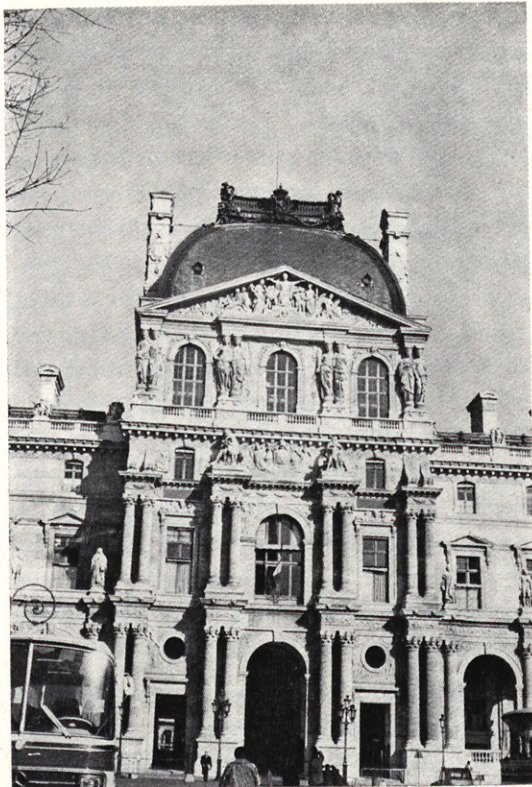


que obligaba a continuos y difíciles cruces. Por otro lado, las condiciones de luz y de separación entre las obras expuestas hacían que el montaje no podamos considerarlo como ejemplar, sino más bien lo contrario. Ahora bien: el contenido era extraordinario. Allí estaban: *Las señoritas de Avignón*, *Los tres músicos*, *El retrato de Kahnweiler*, *La pesca de noche en Antibes*, *Las Meninas* (en su primera versión), etc. La conocida escultura de la cabra... El retrato de Strawinski... verdaderamente quien, como yo, sólo había visto en directo de la producción de Picasso la escasísima que, desgraciadamente, existe

en España—Museo de Arte Contemporáneo de Madrid, y Museo Picasso de la calle de Moncada, en Barcelona—, después del viaje poseemos la visión directa de las más importantes obras del autor, que en estos momentos ya se habrán vuelto a desparramar por Museos y colecciones particulares de las cinco partes del mundo. La ocasión era única, y nos felicitamos de haber tenido decisión para aprovecharla.

Explicado queda la causa que motivó mi estancia durante tres días bajo los techos de París, como decía Chevalier. Por afición al tema, y por la posibilidad de escribir este





El Palacio del Louvre recién limpio, mostrando, como todo el centro de París, su espléndida arquitectura.

La muchedumbre agolpándose a la puerta de entrada a la Exposición Picasso.



comentario, he observado las cosas de la ciudad. Lo que vemos, en París. Lo que comparamos, aunque las comparaciones siempre han sido odiosas, con Madrid.

Quien esto escribe cree conocer con cierta profundidad las ciudades y paisajes de nuestra vieja piel de toro. Sin embargo, ha de reconocer que solamente ha cruzado en serio en contadas ocasiones—con ésta hasta cuatro—los montes Pirineos, accidente geográfico que, como sabemos, nos une o nos separa, según se mire, de Europa. Por ello, al hablar de la ciudad del Sena, me asalta el temor del paletismo que puede aparecer en persona tan poco viajada por el exterior como yo.

Es emocionante permanecer durante tres días de vacaciones en una gran ciudad. Me explico. En estos tiempos las vacaciones del hombre, como nosotros, urbano, consisten, en general, en buscar el contacto con la naturaleza. Aire y sol. Playa o sierra. Los paisajes naturales, bucólicos y campestres nos atraen. Y así lo hemos venido haciendo desde hace años. Por eso decía que para mí ha sido emocionante, y ha resultado una novedad permanecer en una gran ciudad como París durante unos días, sin más cosa que hacer que disfrutar de sus encantos y bellezas. Resulta entonces que París, que supongo será una ciudad detestable para el arquitecto que en ella desarrolle su ejercicio profesional, me resultaba la ciudad más fácil y agradable del mundo. Algo parecido a lo que resultará Madrid para el parisiense que venga a pasar unos días aquí. Porque es maquiavélico el asunto, podemos disfrutar de cualquier gran ciudad, menos de la que nos sirve de habitual residencia. Nos resulta inimaginable tomarnos en plena temporada tres días de vacaciones en Madrid y dedicarlos a disfrutar de los encantos, que no hay duda que los tiene, de nuestra propia ciudad. Empezamos por motivos de orden sicológico que de seguro nos lo impedirían, pero si éstos fuesen superados es muy probable que antes de las veinticuatro horas de nuestras pretendidas vacaciones, fuésemos detectados por algún cliente avisado o por alguna citación oficial importuna. ¿Cuánto tiempo hace que no visitamos el Museo del Prado? ¿Cuánto que no asistimos a un concierto de la Orquesta Nacional? ¿Se celebran en Madrid exposiciones de pintura? ¿Se dan conferencias sobre tema que nos interesen en el Ateneo?... Todo lo anterior viene a cuento de subrayar

que las comparaciones siempre odiosas son, además, en este caso, difíciles e incluso inoportunas. Es imposible, para nosotros al menos, comparar lo agradable que resulta tomar a mediodía una cerveza en una terraza de los Campos Elíneos, con hacerlo en el paseo del Prado de Madrid, en una de las terrazas que habitualmente colman los forasteros y que nosotros observamos desde nuestro automóvil.

Desprovisto de automóvil, nos resultó curioso comprobar la sensación de libertad que proporciona su ausencia. Se comprueba que para nosotros es un instrumento de trabajo igual que el tecnógrafo y la regla de cálculo. Por eso, pasear, andar por las calles, conversar con los vecinos de los transportes colectivos, etc., han sido actividades que nos retrotraían hacia otras épocas ya lejanas.

Por ser un tema tan de actualidad, parece obligado dedicar unas líneas al tema del tráfico automóvil en París. Lo primero que nos llamó poderosamente la atención fue el ruido, muy inferior allí que en nuestra ciudad. Se conoce que obligan a conservar los automóviles en buenas condiciones a este respecto, lo cual nos parece de perlas. Aparte de que el motocarro nos pareció una especie desconocida, hay que señalar la paulatina desaparición, aquí, en Madrid, de semejante y ruidoso artificio; afirmando que los ruidos provienen de turismos en mal estado de conservación, y de utilitarios convertidos en "deportivos", de los de quiero y no puedo, característicos de los clientes del Corriño de Serrano. La circulación es más fluida, apreciándose la desaparición, casi completa, de las calles con dos sentidos de circulación. Esto debe eliminar en gran parte los puntos de conflicto, favoreciendo la fluidez del tráfico. Esperamos ver pronto convertidas las arterias de circulación de nuestra ciudad en calles con un sentido de circulación; por lo que pensamos impropio la serie de obras que en la actualidad se realizan en nuestra ciudad teniendo como base el mantenimiento de los dos sentidos. En relación con Madrid, también nos dimos cuenta de la gran diferencia de caudal circulatorio que se aprecia en París entre las horas punta de entrada en las oficinas y el resto de jornada. Aparece claro que mucho parisienses, que seguramente vivirán en su área metropolitana, sólo utilizan su propio automóvil para ir desde su domicilio al lugar del trabajo y viceversa.



El cartel que avisa la reposición de los árboles. Abajo, el monumento al arquitecto Charles Garnier.



Cualquier otro movimiento, en la ciudad, se realiza en sistema de transporte colectivo, autobús o metro.

El metro de París siempre se pone como ejemplo de eficacia. Verdaderamente así es: su trazado cubre toda la ciudad, y una vez aprendidas las estaciones clave para el transbordo—como, por ejemplo, la de Chatelêt, donde las distintas estaciones están separadas por distancias que creo pueden medirse en kilómetros—nos resulta fácil y cómodo para efectuar nuestros traslados. Por cierto,

que en la estación de Chatelêt han colocado, para hacer más rápido el desplazamiento a pie, unas aceras móviles, resultando, al menos para nosotros, que debemos de tener un espíritu infantil, verdaderamente divertida su utilización. Al no verse los pies del peatón, suponiendo que se le llame así a la persona que anda sobre una acera que se mueve, que viene andando en sentido opuesto al nuestro, resulta curiosísima la sensación que produce el cruzarse con él, por la velocidad con que se hace. Las líneas, ya reformadas con el material móvil sobre ruedas neumáticas, son muy confortables, por la ausencia de ruidos. Las estaciones están dotadas con profusión de bancos, donde por lo que se ve las gentes se citan y, en algunos, dormitan desheredados como en las ramblas de Barcelona.

París, en seguida lo advertimos, es una ciudad con río. La omnipresencia del Sena resulta evidente y el río tiene la suficiente entidad para canalizado, dominar sobre las construcciones de las avenidas que corren paralelas. Acostumbrados al Manzanares, nos damos cuenta en seguida de la diferencia. De nuestro riachuelo lo importante podría haber sido el curso del agua con sus márgenes en estado natural. ¿Qué ha ocurrido? Que el Manzanares se ha canalizado, y para subvenir el costo de la obra se han urbanizado sus márgenes, convirtiendo una zona verde natural de la ciudad en zona edificable. A nuestro Manzanares sólo le queda esperar pacientemente la hora de su entubación para convertirse en un gigantesco colector sobre el que se desarrolle una vía de tráfico rápido. Esto, más tarde o más temprano, sucederá; no hace falta tener dotes de adivino para afirmarlo.

Ha sido muy discutida la operación de limpieza de las fachadas de los edificios de París. Nosotros no podemos expresar una opinión comparativa, ya que nuestro conocimiento anterior de París era bien escaso. Ahora bien: el hecho actual personalmente nos parece acertado. Queda por ver el tiempo en que la limpieza sea de nuevo obligada y la influencia de estas sucesivas operaciones sobre la arquitectura de los edificios. El Louvre, la Opera..., aparecen limpios y relucientes. ¿Cuánto tiempo será necesario que pase para que las impurezas del aire de una gran ciudad vuelvan a proporcionarles su antigua pátina? Las obras que se realizan en la vía pública se hacen con una educación y con un cuidado verdaderamente no-

tables. Actualmente trabajan en el metro regional exprés, que, con estaciones a gran distancia, va a unir el centro de la ciudad con su "banlieu" residencial. En una de las zonas acotadas para efectuar los trabajos podían verse secciones del terreno, con las profundidades a que se realizaban los trabajos y la naturaleza geológica del mismo. En un aviso podía leerse: "Los árboles arrancados para la construcción del acceso al "Metro Regional Exprés", serán repuestos después de la ejecución de los trabajos." Hay cosas que verdaderamente no se pueden comparar o imitar entre distintas ciudades. Ahora bien: ¿es necesario que el paseo de Recoletos de Madrid esté en las condiciones en que se encuentra? Creo que podíamos aprender de la forma con que se actúa en la capital de Francia.

Termino con la noticia sobre la impresión que me produjo el contemplar el monumento dedicado al arquitecto Charles Garnier, autor del edificio de la Opera. Monumento bellísimo y perfectamente ambientado y conservado. En seguida por una lógica asociación de ideas vino a mi memoria don Juan de Villanueva y el Museo del Prado. Porque verdaderamente parece que en nuestro país la actuación del arquitecto no se ha valorado nunca como se merece. El Prado del que hablábamos se halla rodeado de los monumentos a Goya, a Velázquez, a Murillo y a Eugenio D'Ors. Podía también estar Villanueva, digo yo. Cuando se inaugura una obra oficial, la Prensa habla del ministro del ramo correspondiente, del alcalde de la ciudad donde está emplazada, de la Empresa Constructora; el arquitecto permanece en el anónimo. Los anuncios tampoco citan al arquitecto autor del edificio que se pretende vender por pisos. Ahora aquí en Madrid José A. Coderch está haciendo una casa de viviendas. La ciudad se va a enriquecer con una obra de nuestro compañero de Barcelona. Si no tantas como allí o en Sitges, Madrid contará con una obra de tan destacado compañero. Pues bien, se habla de la promotora, de la Inmobiliaria, de la Constructora, del nombre del edificio—edificio Girasol—, mientras nuestro compañero permanece desconocido para la generalidad. Me doy cuenta de que todo esto no tiene nada que ver con París, pero como me lo ha sugerido el monumento a Charles Garnier, dicho queda.

Julián Peña.